



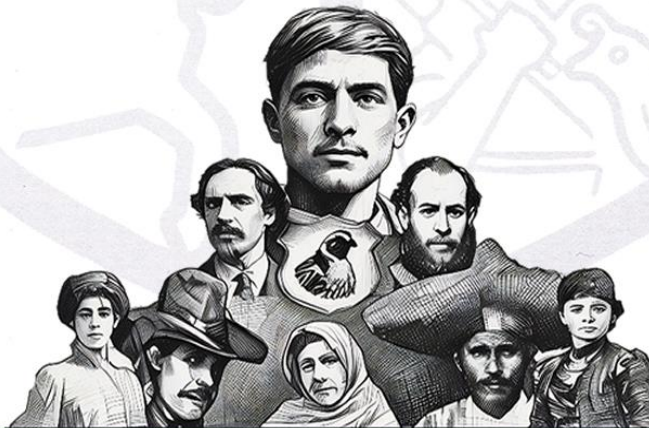
Gobierno
Municipal
2025 • 2027

CRÓNICA DEL PASADO



SULTEPEC EN LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA

JUAN MANUEL VENCES MILLÁN





SULTEPEC EN LA DÉCADA DE LOS CINCUENTA

Mirar el río hecho de tiempo y agua
y recordar que el tiempo es otro río,
Saber que nos perdemos como el río
y que los rostros pasan como el agua

–Tom. del poema “Arte poética”, Jorge Luis Borges –

De ninguna manera trataré aquí de exponer mi autobiografía (aunque no podré del todo evitarlo), solo deseo describir algunos rasgos de la vida cotidiana del bello poblado de Sultepec donde pasé mi infancia, limitándome a los años cincuenta. Matizaré sobre lo que viví, lo que me contaban, y vi de niño por aquellas calles empedradas, de subidas y bajadas, de callejones, varias casonas, distinguidas por sus balcones de hierro o madera, con postigos interiores. Serán pinceladas, recuerdos y remembranzas de ciertos hechos, hábitos, costumbres, personajes, que en mí quedaron mercados para siempre.

Lo primero que se me viene a la mente es la casa paterna donde crecí. Estaba situada en el corazón del pueblo, a un lado del callejón de El beso, que separaba esta casa con la de la señorita Mariquita Campuzano y hermanas, quien tenía su tienda al igual que mis padres. Con respecto a las tiendas, en aquel tiempo no figuraban muchas, las más conocidas y céntricas eran la de los señores Efrén Flores, Crisóforo Vences, Alfonso Romero, Mariquita Campuzano... La de mi padre era una de aquellas donde se vendía un poco de todo: abarrotes, sombreros, costales, telas, caronas, azadones, forros de ixtle para proteger el lomo de burros y mulas llamados “cuescles” (regionalismo), libretas, lámparas de carburo, y hasta había un rincón para cantina.

Viene enseguida a mi mente la asistencia al kínder. El lugar era muy espacioso para los pocos párvulos asistentes, ya que servía para ceremonias, bailes, representaciones dramáticas, y, en fin, podía decirse que se trataba de una sala de usos múltiples. Su fachada se distinguía por llevar un arco grande adintelado. El interior como ya dije, era amplio y contaba con un estrado. El patio se hallaba en la parte trasera, donde podíamos jugar. Recuerdo que se podían encontrar caracoles fácilmente, por lo que se me quedó aquel estribillo con un cierto énfasis de sonsonete que dice “caracol caracol saca tus cuernos que ya salió el sol”, así como también tengo presente en la memoria que entonábamos la cancioncita aquella de “conejo Blas, ¿adónde vas con esa escopeta colgándote atrás?” La educadora se llamaba Carmen Hernández, todo el pueblo la conocía como la maestra Carmela.

Después llegó el ingreso a la escuela primaria, que por cierto se inauguró en esa década y si no mal recuerdo fue en 1954 cuando se inició su proceso de matriculación, con el nombre de “Cadete Santiago Hernández Ayllón”. Está situada en la calle paralela a la parroquia de San Juan Bautista –ésta, por cierto, muy deteriorada en aquel entonces–, por lo que se encuentra muy céntrica. La escuela me parecía amplia, los salones holgados y con mucha luz que se filtraba por sus grandes ventanales.

Por ella, sin duda, han pasado varias generaciones de alumnos y han dejado su huella en la enseñanza muchos maestros, tanto que, si se quisiera enumerar los nombres de cada uno de ellos, resultaría muy larga la lista. Sin embargo, no quiero omitir a quienes recuerdo: Leonila Alamilla Millán, quien fue mi maestra de primer año, las profesoras Elvira Rillo, Emelia Castañeda Rodríguez, Marlene Albarrán, los profesores Efrén Chávez Cruz (con quien culminé la primaria), Facundo Hernández, quien fungía como director, el profesor Jesús Escobar, a quien todos identificaban como maestro Chuchito, tal vez porque era delgado y bajito.





A este maestro le gustaba mucho la cantada, y no lo hacía mal. De él recuerdo que nos enseñó a entonar en coro la canción “Las golondrinas”, con motivo de nuestra ceremonia de entrega de boletas por haber concluido los estudios primarios. En cierta ocasión, después de clases, que concluían a las dos de la tarde, el maestro Chuchito comenzó a entonar esta canción “¿adónde irán veloz y fatigadas las golondrinas que de aquí se van...” Después procedió con el ensayo, dirigiendo el coro con una regla de latón que blandía como una batuta. Las voces resultaban muy destempladas; y ahí tienen al maestro Chuchito repite y repite la canción, y gritando un tanto airado: ¡No, así no! Dieron como las 2:45 y la canción no salía bien, y muy despiadadamente amenazó que no nos retiraríamos de la escuela hasta que saliera bien “Las golondrinas”, y sí, dieron las tres en el reloj de la parroquia y nosotros ahí desafinados. A fin de cuentas, nunca salió bien entonada “Las golondrinas”.

La entrada a la escuela era a las nueve de la mañana. Tengo que poner por escrito este detalle muy importante, que en esta década fue cuando dejamos de usar el manejo del manguillo y de la engorrosa tinta china que todo manchaba. El manguillo fue felizmente sustituido por la llamada pluma atómica, hoy bolígrafo. También recuerdo que algunos alumnos llegamos a usar las mochilas de baqueta, que estaban muy de moda.

Cuando sonaban las doce campanadas, anunciando el Ángelus en la parroquia de San Juan Bautista, disponíamos de un recreo de media hora. Entonces aprovechábamos para ir corriendo a la panadería de don Marcelino Arellano, que se encontraba muy cerca de la escuela (abajito diríamos allá) a comprar un bolillo de diez centavos, y con ese bolillo íbamos a la tienda de enfrente, de doña Susanita Carbajal para que lo retacara de chiles picantes jalapeños en vinagre, de esos que se encuentran enlatados, y al rojo vivo disfrutábamos de esas deliciosas “tortas” que no se pueden encontrar en ninguna parte del mundo.

En esos años, Sultepec era muy tranquilo, tanto que, daba la impresión ser un pueblo fantasma. Eran pocos los transeúntes por las calles accidentadas. Muy pocos carros circulaban, únicamente la camioneta Willys del cura, el padre Rodolfo Pérez Peña, y pocos camiones rabones o camionetas de redilas de algunos comerciantes.

En aquel tiempo todo era tranquilo y seguro como un monasterio, tan es así que los niños andábamos por todos los barrios, La Veracruz, Coaxusco, San Miguelito, El Convento, Temoaya... Las casas permanecían abiertas, las puertas o portones no se cerraban durante el día, si acaso algunos colocaban en el umbral de la puerta una tabla transversal para evitar que los perros se metieran. Así que, todo el pueblo era como nuestra casa.

A pesar de que no había un centro de diversión infantil o juegos inflables, creo que no conocíamos el aburrimiento. Nos hacían felices otras cosas, ahí estaban los carretones de madera que por las escasas banquetas era posible hacerlos rodar, las tablas a las que se les untaba cebo y se podía uno trepar sobre una de ellas para hacerla deslizar por ciertas calles pendientes empedradas, también las canicas (tiritos, agüitas), los trompos... Disfrutábamos mucho al asistir los domingos por la tarde para ver dos programas de televisión en la casa de don Elpidio López –papá Pillo como así lo llamaban sus muchos nietos–, ya que solamente él poseía un aparato televisor.

Pero antes de los programas, jugábamos afuera, a lo largo del callejón que da a esta casa. El juego se llamaba “El burro castigado”, donde alguien de nosotros se doblaba y los demás saltaban sobre él. En el momento de hacerlo se decía –mientras se daba el brinco sobre el “castigado”–, una frasecita que formaba parte de una retahíla de palabras rimadas: uno, para tu desayuno; dos, patada y coz (se le daba una patadita al compañero mientras se saltaba sobre él); tres, el burro al revés; cuatro, jamón te saco; cinco, desde aquí te brinco; seis, un coscorrón de a seis; siete, te pongo mi chulo bonete; ocho, te lo remocho; nueve, cubito de nieve; diez, te apestan los pies; once, caballito de bronce; doce, la vieja toce... Una vez terminado este juego entrábamos a la casa de don Elpidio. En su sala ya estaban colocadas las sillas y cobraba veinte centavos la entrada. Ya llegaba el programa de las Aventuras del perro pastor alemán Rin tin tin, y enseguida el tan esperado cuento fantástico de Cachirulo (Enrique Alonso) anunciando su chocolatote exprés.

Los domingos por la noche podíamos asistir al cine, justamente en la sala de usos múltiples, pero después, en una sala improvisada con bancas que rentaba don Joel Arce López, para su cine “Luz”. Se exhibían películas de Clavillazo, Resortes





(“resortín de la resortera”), Cantinflas, y también las clásicas, harto tristes, de Arturo de Córdoba y Marga López o de Pedro Infante y Blanca Estela Pavón (“esa mi chorreada”) en su trágica película de “Pepe el Toro”, en la que uno tenía que subir el moco, para evitar que saliera el llanto.

Ya que estoy comentando sobre los domingos; este día se instalaba la plaza en las calles más céntricas del pueblo, donde las señoras con sus canastas iban al avío (palabra muy regionalista, ya en desuso, que se empleaba en ese tiempo) donde podían mercar las provisiones para toda la semana: cebollas, chiles, chayotes, chirimoyas, nanches, arrayanes, timbiriches, el chicharrón carnudo, y las llamadas “trecitas”, y “tierritas” (también de cerdo), que se veían dentro de una batea de madera en el puesto de don Raymundo Borja.

Se hacía notar el movimiento comercial, aunque hay que decir que desde el sábado tenía su inicio, ya que mucha gente que procedía de ranchos y pueblos, de Atzumpá, Santa Cruz, El Coquillo, Diego Sánchez, El Potrero, La Ciénega, y otros lugares más, recorrían por las tiendas y se dedicaban a preguntar precios, para que al día siguiente ya supieran donde comprar de manera más económica sus menesteres. Justamente por la tarde del sábado, ya comenzaban a escucharse, a todo lo que daban, las canciones de las nacientes sinfonolas de la época (que funcionaban con pesados discos de acetato negros), en tiendas y cantinas, como en la de los señores Agustín Millán, Adolfo Tinoco, Crisóforo Vences, la señora Teresa Salazar y Romanita Alpízar, en la taquería del famoso y sabroso “chito” (que no es otra cosa que carne de chivo bien preparada y debidamente condimentada) de don Austreberto Arce Acuña.

De estas sinfonolas se podían escuchar canciones de todos los gustos, rancheras, ante todo, pero también corridos, boleros, El Charro Avitia (“máquina 501”), Los alegres de Terán, Los Panchos, Los tecolines, Los tres ases, Pedro Infante (“flor sin retoño”), y por supuesto el sonadísimo Julio Jaramillo (“ódiame por favor yo te lo pido...”). Por la tarde, los buenos bebedores se concentraban en las cantinas, como “La barca de oro”, o “El atorón”, y muchas veces llegaban a armarse algunas ampulosas reyertas por “quítame allá esas pajas”. Si continuamos con los domingos hay que traer a la memoria que algunas personas acostumbraban estrenar alguna prenda de vestir, zapatos, pantalón, blusa, sombrero, y estar bien presentados, (ahora es al revés, la gente anda fachuda con tenis y pants).

En día domingo, casi resultaba obligado ir a tomarse una nieve de limón acompañada de unas sabrosas galletas típicas polvoreadas de azúcar glas, en el puesto del señor Rosendo Ayala, instalado a un lado del quiosco, o por la noche, disfrutar unas ricas enchiladas de mole rojo envueltas en lechuga romana, de a veinte centavos, que vendía una señora llamada Sergia. Por la tarde, se veía a las señoritas dar vueltas y más vueltas alrededor de la plazuela del quiosco ornamentada con jardineras donde lucían hermosas y encendidas buganvillas. Muy entrecruzadas de brazos una con otra, caminaban lentamente charlando, sonrientes y muy contentas, ataviadas con lindos vestidos ahuecados por las crinolinas almidonadas, admiradas por los jovencitos que muy a propósito por ahí rondaban, y muy seguramente les lanzaban piropos y les guiñaban el ojo con un aire de coquetería.

En aquellos años, para hacer el recorrido de Sultepec a la ciudad de Toluca, era una verdadera odisea, una aventura titánica. El recorrido de 75 kilómetros sobre una carretera de terracería llena hoyancos, resultaba agobiante, ya que en tiempo de secas se filtraba por los múltiples orificios y ventanillas tanto polvo que era posible masticarlo, y en tiempo de aguas, el camión de pasajeros (autobús) se atascaba en el fango e implicaba un gran esfuerzo sacarlo, los mismos pasajeros se veían obligados a empujar, arrojando ocoxal para facilitar el rodaje de las llantas, y entonces el conductor aceleraba a fondo gritando a los pasajeros: ¡Agárrense!, y ahí tienen a todos agarrándose hasta con los dientes, de tubos y asientos, sintiendo los zangoloteos y bruscos vaivenes.

Al referir algo sobre el transporte de Sultepec a Toluca o la ciudad de México, hay que traer a colación que los camiones de pasajeros eran de la línea Zinacantepec, apodados “los piojos” (de color verde y azul), de asientos fijos y duros, con portabultos sobre el toldo y una escalerilla trasera para subir y bajar el equipaje. Al camión se le conocía como “la burra”, ¡ya llegó la burra, ya se fue la burra, ay viene la burra! Había dos corridas de Sultepec a la ciudad de Toluca y viceversa, una era a las 7 de la mañana, la otra a las 10, así que si el pasajero que quería alcanzar asiento debía llegar con mucha





anticipación para lograrlo. El recorrido era de 7 horas aproximadamente, de modo que, si el camión salía a la 7 de la mañana, arribaba a Toluca alrededor de las 2 de la tarde.

Cuando llegaba a Sultepec, la gente se acercaba al lugar donde el camión paraba, para ver a los pasajeros que bajaban, y por mera curiosidad ver lo que traían consigo. En resumen, estaba de por medio el chisme, por lo que don Eleazar Millán, muy dado al buen humor y los dicharachos solía decir: “ya llegó el cine”, tanto que después muchos lo repetían y se quedó ese dicho de “¡ya llegó el cine!”. Y efectivamente, era como el momento de diversión, de solaz esparcimiento y un tanto de morbo.

Entre semana los días transcurrían tranquilos, masticando la rutina, con destellos de lo cotidiano. Por las tardes esperábamos a doña Hermelinda bajar las calles con su vitrina repleta de exquisitos dulces elaborados por ella misma y seguramente su familia, esas golosinas que no olvidaremos quienes las saboreamos: las típicas rosquitas de este pintoresco terruño, guayabates, charamuscas, mamonos y los famosos chinitos de piña, vainilla o chocolate, en una palabra, lo que en Sultepec se conoce como “fruta de horno”.

Los sábados era obligatorio el baño, para estar limpiecito el domingo. Entre semana no nos bañábamos, y no por tirria al agua, sino por su escasez, aunque también por usos y costumbres. Por las tardes era obligatorio para muchas familias mandar a sus hijos a la doctrina, este fue mi caso. Asistíamos pues, a la doctrina (no se decía catecismo como ahora) en el convento de San Antonio de Padua. Las catequistas nos sentaban a todos los niños en bancas y pretilos del claustro, y ahí aprendíamos de manera cantadita ciertas partes del Catecismo del padre Ripalda (aunque en ese tiempo ignoraba que fuera este el autor).

Todavía recuerdo que teníamos que entonar: “todo fiel cristiano está muy obligado a cumplir con devoción los mandatos del Señor y de la Santa Madre Iglesia...”, o aquello que se refería al propósito de habituarnos a santiguarnos...” haciendo tres cruces: la primera en la frente para que nos libre Dios de los malos pensamientos, la segunda en los labios para que nos libre de las malas palabras, la tercera en el pecho para que nos libre de las malas acciones, diciendo así, por la señal de la Santa Cruz ...”. En ocasiones nos llevaban al templo de este convento, que por cierto siempre me ha parecido sombrío, y me producía cierta zozobra que casi rayaba en el temor.

Admiraba las pinturas sacras en los lienzos que pendían de los muros, en especial, dos muy grandes, una frente a otra, que se hallaban en la capilla contigua al sagrario. Me llamaba la atención la cañería del antiguo órgano tubular, cuyos orificios por donde salían los sonidos, parecían bocas del demonio. Eso me impresionaba. Ahora, a estas alturas me pongo a pensar sobre la manera como llegó a este convento, probablemente a fines del siglo XVII o principios del XVIII.

Me hago cruces del épico trayecto que supuso el recorrido, quizá desde algún taller de música en Alemania o Bélgica, (que eran expertos en la fabricación de estos instrumentos musicales), llegar a España, surcar el Mediterráneo por una nao o barco hasta llegar al puerto de Veracruz, trasladado después a la ciudad de México, y lo más arduo de la empresa era la trayectoria de esta ciudad hasta la Villa de Sultepec, atravesando por sinuosas montañas, trasladando a lomo de mulas las diversas partes que componían este voluminoso instrumento. Pero no queda todo ahí mi asombro, me hace pensar además en la persona o personas que lo armaron, pues tenían que ser expertos en el arte de la organería.

Enseguida la afinación, ya que en el trayecto de tan remotas tierras y con tanto traqueteo, inclemencias del tiempo, humedad, calor, se hacía necesario templar muy bien sus tonos. También me hace pensar lo complicado que resultaba tocarlo, armonizar los cantos religiosos, pues además del organista –que seguramente resultaba difícil encontrar alguno de entre los frailes dieguinos–, requería de dos ayudantes encargados de subir y bajar las palancas de los fuelles para producir aire y hacer posible el sonido que justamente salían de las “bocas del demonio”.

Pues toda esta aventura por más que resulte fascinante y heroica, tengo para mí que es muy poco probable, y entonces hay otra teoría según la cual es que ese órgano de Sultepec haya sido elaborado en gran parte in situ, sí, dentro del coro del convento de San Antonio de Padua, al menos el tallado de la madera y otros materiales, aunque debemos suponer,





hasta por sentido común, que otros componentes como son la tubería, el teclado y otros más llegaban de la ciudad de México, ya para entonces fabricados en esta ciudad.

Al asistir a la doctrina, tenía que pasar, muy cerca del convento, por un cuartel, debido a que en ese tiempo había destacamento militar, localizado en lo que hoy es el centro penitenciario, cuya construcción, dicho sea de paso, vino a dar al traste con el estilo arquitectónico del pueblo, y si se mira hacia arriba, desde la Santa Veracruz, la parte trasera de esta cárcel, se podrá observar una mole grotesca que discuerda con el reluciente rojo de casas que forman el bello panorama del poblado.

Sobre temas religiosos, es gratificante destacar que en la cabecera de Sultepec existen tres majestuosos templos: la parroquia de San Juan Bautista, el convento de San Antonio de Padua y el santuario del Señor de la Santa Veracruz. Pero Sultepec está rodeado de varias capillas de cantera, como La cuadrilla (“la cuadrillita” como decían algunos), Nuestra Señora de los Remedios, San Lázaro, San Miguel, San Lorenzo, ocho templos en total; lo que habla de la importancia religiosa que imprimieron en esta región los misioneros dieguinos.

La capilla de “La cuadrillita” está encomendada a la Virgen de Guadalupe a quien se celebra de una manera especial cada 12 de diciembre, con previo novenario, para lo que se acostumbraba realizar una procesión que partía del convento hasta llegar a “La Cuadrilla”. En el trayecto se rezaba el rosario y se entonaban cánticos marianos (“desde el cielo una hermosa mañana... la guadalupana, la guadalupana... bajó al Tepeyac”). Pero la festividad religiosa (y mucho de pagana) fue y sigue siendo la del santuario de la Santa Veracruz. Ésta comenzaba desde el novenario que se iniciaba (y continúa esa tradición) el miércoles de ceniza, hasta llegar al segundo viernes de cuaresma en que se celebraba la gran feria del pueblo.

Este día llegaba el obispo Arturo Vélez Martínez, quien era solemnemente recibido, pues además de su investidura, se había desempeñado como vicario de este lugar del año 1934 a 1937. Aquí celebraba la misa pontifical y administraba el sacramento de la confirmación a los infantes a quienes sus padrinos llevaban en brazos. Desde los días que precedían llegaba la banda de no sé qué pueblo de la región, se plantaba en el kiosco, y con la tambora y el potente y grave bajeo de la tuba, seguía el ritmo de canciones rancheras o pasos dobles, dándole duro a “El zopilote mojado” o “La feria de las flores”. Arribaban muchos peregrinos de varias partes, con danzas regionales (como la de “las pastoras”, la de “los moros y cristianos”).

Llegaban paisanos radicados en la ciudad de México, de Toluca, incluso de otros estados como Michoacán o Morelos. En cuanto a la feria “profana”, días antes habían llegado los juegos mecánicos “Aguilar” en sus deteriorados camiones. Los días jueves, viernes, sábado y domingo eran de gran rejuego de comerciantes con sus puestos de palanquetas, dulces, algodones de dulce, merengues, chácharas de todo tipo, aquí se podía ver el tiro al blanco, allá los arillos sobre las figuras de barro, el fotógrafo ambulante o pequeños entoldados donde los ambulantes podían retratarse con la familia con fondo panorámico o el pequeño niño montado en un caballo de cartón, el toquero con su cajita de madera que ofrecía toques eléctricos (pregonando, “toques toques eléctricos”), mientras el interesado sujetaba en cada una de las manos un manubrio de acero de bajo amperaje, según la intensidad que pedía el “cliente”.

Se organizaban peleas de gallos, corridas de toros, bailes. Justamente en la década de los cincuenta se construyó y se estrenó la plaza de toros en la gestión del presidente municipal don Alfonso López Vázquez (gestión 1955-57), de quien se dice que él, de su peculio, costó esta obra, (quizá todo o en parte). Esta plaza conserva su lugar hoy en día, aunque totalmente renovada. El lunes que le seguía a la feria, todo mundo amanecía desvelado, las calles basurientas, los “Aguilar” desarmando sus cachivaches de juegos mecánicos.

Y si continuamos en el tenor religioso, recuerdo muy bien que, por allá, en 1958 o 59, corrió la noticia perturbadora en todo el pueblo, que la virgen de Santa Lucía, una ranchería de escasos habitantes, de este municipio, el mayordomo encontró que la imagen transpiraba sangre. Algunas personas de la cabecera se desplazaron curiosas para ver y constatar el portento, yo también lo hice con unos familiares, de manera que fui testigo ocular ¿del milagro? Muchos así lo creyeron, otros se mostraron escépticos (entre sí y no), éstos últimos comentaban que se trataba de que la humedad o por efectos





del calor producido por las velas y ceras encendidas hicieron brotar un efluviio de la pintura con que habían estampado esa imagen de Santa Lucía.

Desde aquella fecha, año tras año, el 13 de diciembre, se han venido organizando ferias con mucho jolgorio, tanto que los originarios de este lugar que radican en otros lugares como la ciudad de México o en los Estados Unidos, acuden a esta gran festividad. Como quiera que sea, el milagro de Santa Lucía consistió en que se acordaran de ella.

Al hablar de festividades y conmemoraciones anuales, se llegaba la Semana Santa o Semana Mayor. El jueves santo los fieles católicos (la mayoría), asistía al templo del convento de San Antonio de Padua, para la celebración del lavatorio de pies de los apóstoles y la institución de la Sagrada Eucaristía. Desde ese momento tenían que callar las campanas y solo se escucharía el tronar de la matraca, hasta el llamado sábado de gloria. El viernes santo teníamos que observar el silencio, de modo que no se podía escuchar música, ni bailar, ni cantar, ni siquiera hablar en voz alta y mucho menos gritar.

La mayoría de las señoras vestían de negro. También se tenía que guardar la vigilia, de manera que nada de comer carne, sino nopalitos, revoltijo, pescado, sardinas, menos carne. Este día viernes se acostumbraba realizar la procesión por todo el pueblo para recordar “las tres caídas”. Para esto se colocaba en andas una sagrada imagen del Nazareno y un muchacho de nueve o diez años con paliacate blanco en la cabeza, se encargaba de inclinar una cruz de madera para apoyarla sobre los hombros del Nazareno en cada uno de los tres trayectos que se hacían, mientras el cura pronunciaba su prédica conmovedora, el cortejo de feligreses partía del santuario de la Santa Veracruz hasta la parroquia de San Juan Bautista.

Por la noche partía la procesión “del silencio”, de la parroquia al convento, se apagaban las escasas luces del alumbrado público, y todos con velas avanzaban lentamente en medio de un silencio de camposanto, interrumpido por algunos cantos tristísimos, “perdón, oh Dios mío, perdón e indulgencia, perdón y clemencia, perdón y piedad”, cantos con voces desgarrantes que parecían arañar ese bendito silencio en medio de la noche taciturna. El Sábado Santo continuaba el silencio en el pueblo, no se dejaban escuchar las canciones que salían de las rockolas ni de los radios de bulbos.

A la medianoche se celebraba la “misa de gallo”, la de Resurrección. A la hora de la consagración y el descorrimiento del velo morado que cubría el retablo mayor de la parroquia, se podían escuchar las campanas a rebato, y al finalizar la misa se dejaban oír los estruendos de los cohetes que se quemaban dentro de los llamados “judas”, (muñecos de trapo) que se colocaban previamente en diversos puntos de las calles. Al salir del templo, venía el jalón de orejas a los niños para que crecieran sanos y fuertes y guardaran buen comportamiento, o entre los adultos como signo de felicitación por la Gloria, según la creencia de aquel entonces.

El domingo de resurrección se acostumbraba realizar una procesión por algunas calles. Para tal propósito, se congregaban muchos fieles de diferentes pueblos o rancherías y caminaban llevando en andas al Cristo crucificado, de donde procedían. La procesión partía del santuario de la Santa Veracruz, hasta llegar a la parroquia de San Juan Bautista. Se veía pasar uno a uno, en fila, esos cristos, y al final aparecía el imponente Cristo de la Santa Veracruz, que contrastaba enormemente con los otros más pequeños y no muy bien tallados. En el trayecto rezaban y entonaban cantos religiosos, con una carga de pesadumbre que tocaban el punto central del nervio de donde mana la tristeza.

Después de esta tradición religiosa, era todo normal, las sinfonolas lanzando sus canciones, el movimiento de la plaza, las cantinas llenas de buenos bebedores y los niños ya podíamos gritar a voz en cuello. Otra celebración anual era la festividad de “Todos los Santos”, y la conmemoración de los “Fieles difuntos”, el uno y el dos de noviembre respectivamente. En Sultepec todo comenzaba el 31 de octubre que se conmemoraba el día de los fieles difuntos pequeños. Por la noche, si en alguna casa había fallecido un niño o adolescente en ese año, la gente acostumbraba llevar una vela, y con esto la o las personas eran bien recibidos para que degustaran de unos tamales con o sin mole, o con atole, o cualquier otro tipo de comida. A esta tradición se le llamaba y se sigue llamando así, porque aún perdura, “la vela nueva”.

El día 1 de noviembre, día en que la Iglesia celebra a todos los santos, en Sultepec se recordaba a los difuntos adultos, y “la vela nueva”, la comilona, se realizaba para recordar al difunto, pero ya adulto. El día 2, día de la conmemoración de





los Fieles Difuntos, la gente subía al cerro donde se encuentra el camposanto, para limpiar, barrer, adornar con flores la tumba de sus difuntos. Se celebraba una misa en la cúspide donde se encuentra una capilla, el cura pasaba asperjando agua bendita entre las lápidas, bisbiseaba alguna oración (Requiem aeternam dona eis Domine), y concluido todo esto, muchos se dirigían a un pintoresco paraje, muy cerca del panteón, llamado “Los llanitos”, para comer el itacate que habían preparado las señoras el día anterior.

Antes de degustar la comida y después de ésta no debía faltar el trago fuerte entre los ad, de manera que varios señores y también jóvenes terminaban ebrios, y eso sí, muy contentos. Así se cerraba esta celebración y conmemoración del feliz recuerdo de los familiares difuntitos, chicos y grandes. Puede decirse que la vida en el Sultepec de los años cincuenta, transcurría placenteramente, se respiraba un clima de armonía entre sus habitantes, se acostumbraba siempre el saludo a las personas aun cuando no eran conocidas; los señores que portaban sombrero (la mayoría), se lo quitaban al escuchar las doce campanadas de la parroquia a la hora del Ángelus; se podía ver en el transcurso del día a las señoras que iban con su cubeta de nixcomil hacia el molino, para la preparación de las sabrosas tortillas de maíz ancho y blanco de Texcaltitlán o Amatepec; monteros que llegaban al pueblo con costales llenos de carbón a lomo de burro para vender ese importante combustible para los braseros rojos de las cocinas; también venían de los ranchos personas que se dedicaban a la venta de troncos o morillos de madera que eran arrastrados por mulas. Y ya que hablo de la organización del trabajo y de oficios, no puedo pasar por alto mencionar a ciertas personas de aquella década desempeñando diversos trabajos:

Recuerdo a dos señores carpinteros, don Joaquín y don Toribio, quienes tenían su taller por el barrio de Temoaya, enfrente de donde había una fuente. Sigo con los tahoneros: se me vienen a la mente, los señores Marcelino Arellano y su hermano Lamberto, Ciro Carbajal, Agustín Millán, Amán Medina, la señora Leonor Álvarez. Todos los panaderos elaboraban muy sabrosos pambazos, ciciriscos (regionalismo), cuadritos o bollos rellenos de piloncillo con canela y anís.

No debo pasar por alto a los herreros, aunque solo recuerde a dos de ellos: don Juan López, y el señor Reynaldo Campuzano, ambos del barrio de San Miguelito. Solo recuerdo a un peluquero, al señor Ignacio Millán y su ayudante conocido como “Pirrín, cuya peluquería se localizaba justamente frente a la única botica del pueblo (con el nombre “La cruz roja”) de la que era dueño un señor llamado Bernardo Pérez Guzmán, en donde hoy se encuentra una plaza comercial.

Las señoritas Trujillo se dedicaban a confeccionar vestidos y otras prendas para mujer, se les conocía como “Las Lupitas”. El único sastre del que tengo remota memoria fue don José María Benhumea (don Chema), su sastrería la tenía frente a la tienda de las señoritas Campuzano, “Las Mariquitas”, donde ahora ocupa una parte del mercado municipal. En cuanto a reparadores de calzado, debo mencionar a los señores Pompeyo Hernández y Cástulo Macedo. Los aguadores, Santiago y Fabián, acarreando el agua (abasteciéndose en fuentes y bitoques) a diferentes casas, en botes alcoholeros que colgaban de un garrote cargándolo a cuestras sobre los hombros.

Recuerdo al señor Gustavo López, cuyo taller de reparación de relojes de cuerda se hallaba en su propio domicilio, localizado en el recoveco de un callejón que desciende y conduce al barrio de la Veracruz. La oficina de correos era atendida por los jóvenes Victorino Jáurez y Juan Aguilar, quien era encargado del reparto de correspondencia a diferentes domicilios.

No había otro fotógrafo en el pueblo más que don Daniel Hernández, quien seguramente acumuló un abundante e interesante acervo de fotografías que retratan muy bien diferentes épocas, que, para esos años, aun cuando no se contaba con cámaras sofisticadas como ahora, eran de muy buena calidad en blanco y negro. No dejo de referir el antiquísimo hotel “Cosmopolita”, ya que no había ningún otro, y la señorita Lolita Campuzano era quien lo administraba y era dueña, junto con sus hermanos. Hasta la fecha se puede ver justo frente al quiosco de la plazuela, distinguiéndose por un portal, y su balcón de madera. Este portal parte justamente del “Cosmopolita” hasta topar con pared, en la casa de al lado, donde la señora Rita Rodríguez tenía su restaurante, único en el pueblo.

La gente de mayor edad seguramente recordará a don Custodio Campuzano, quien tocaba hábilmente la guitarra, y de vez en cuando acompañaba a los jovencitos que querían llevarles serenata a sus novias o pretendían conquistar.





Hablando de médicos, solo conocí a uno, el doctor Lorenzo Velázquez Maya, aunque escuchaba mencionar a un tal Javier Rubí, de quien se decía que tenía una farmacia, pero eso no lo vi. También tengo en la memoria al curandero más reconocido del Pueblo, un señor alto, del barrio de Coaxusco que se llamaba Ranulfo, quien solía recetar mejunjes de herbolaria, “chochitos” y “gotitas” y tal vez funcionaban como placebos, aunque hay que decir que algunas personas recuperaban la salud.

En cuanto a los párrocos de los años cincuenta sólo conocí a los sacerdotes Rodolfo Pérez Peña y fue sustituido por Lorenzo Sámano, quien llegó al curato aproximadamente en 1959. El párroco que precedió a Rodolfo Pérez fue un sacerdote llamado Ramón Pacheco (a quien no llegué a conocer). También aflora a mi memoria el recuerdo de que el padre Pérez acostumbraba manejar su Willys muy de prisa, y para las calles de aquel entonces podía decirse que iba tan veloz como alma que lleva el diablo (Ave María purísima), aunque a decir verdad cuando lo hacía, era señal de que llevaba consigo al Santísimo sacramento en la Hostia consagrada y el Santo viático para algún enfermo y hasta prendía los fanales del auto e iba tocando insistente el claxon, entonces los señores se retiraban el sombrero, otras personas se persignaban y hasta había algunas señoras piadosas que se hincaban.

Una característica más de este señor cura era que los domingos pasaba con una alcancía por todos los puestos y tiendas, y hasta cantinas para la cooperación de las obras de la parroquia de San Juan Bautista. ¡Cómo no recordar la banda de música que dirigía don Ignacio Gorostieta! La evoco como entre sueños, y por el ritmo remoto que me llega ahora, podría decir que los músicos interpretaban blues o swing o quizá algo así como jazz (y si no se ajusta a la realidad, que quede jugueteando en mi fantasía). Tengo muy presente en la memoria que don Ignacio Gorostieta tocaba el banjo y don Constantino Álvarez, la trompeta.

Lo que es digno de valor de nuestro pueblo, es que cuenta con tres espléndidos templos católicos de cantera, así como sus calles de subidas y bajadas, pero ante todo sus bellezas naturales, el esplendoroso caserío que parece salir de un cuento de hadas, el ocaso del sol con sus colores fulgurantes de terciopelo, el clima tibio, el olor a ocoxal de frondosos pinares, las tardes serenas, el paisaje que seduce y se percibe como la brisa al amanecer, la tarde que embelesa y envuelve en un remanso de sosiego interior, la noche que invita al ensueño. Así transcurrían los años de la década de los cincuentas en Sultepec: de manera apacible, en un clima provinciano de sencillez, respeto y armonía.

Y todo pasó como un sueño que se esfuma, como nubes que se disipan, como sombras fugitivas, olas que se deslizan, como el fluir del agua de un río manso. Los años se escabullen como el azogue por los intersticios de las manos. Muchos seres queridos y paisanos que vivieron en esa década ya descansan en la casa del Padre, pero para todos, algún día llegará como un parpadeo, “la alabada noche eterna, el eterno sueño”.

